

En torno a don Miguel de Unamuno

Dedicado a don José M.^a Fernández—
Gaytán—.

II y último

“SU YO EN EL MAS ALLA”

Un Universo visible, el que es hijo del instinto de conservación me viene estrecho, es como una jaula que me resulta chica y contra cuyos barrotes da en sus revuelos mi alma; fáltame en él el aire que respirar; quiero ser yo y, sin dejar de serlo, ser además los otros, adentrarme en la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo...», esto nos dice Don Miguel.

Con claridad meridiana queda en lo anteriormente expuesto, la síntesis de todos sus anhelos, lo que él denomina su ansia vital.

«El Universo visible, el que es hijo del instinto de conservación me viene estrecho...» ¡qué dejo de amargura y qué desprecio por lo finito encierra su decir! y parangonarse pudiera éste a lo dicho por Santa Teresa del

«Qué amarga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida».

si el decir de Unamuno se acompasara en el remontarse con el de la Santa abulense en la humildad y la confianza que la hacen manifestar:

«Nada te turbe
nada te espante
sólo Dios basta
para salvarte»

pero en Unamuno el primer aleteo de su alma queda resumido a un continuo revolotear de corto ascender, puesto que el lastre de su «Yo» le hace bajar rápidamente hasta sí mismo.

«Quiero ser «Yo», decía Unamuno, y esto así dicho supone un

condicionar. El «No quiero dejar de ser» es aspiración normal de cada hombre de esta abstracta humanidad, pero que ha de operarse como Dios quiera y nada más. Este condicionar y la falta de sumisión le restaron fuerza a Unamuno con que poder elevarse.

«Hay muchas más cosas en el Cielo y en la Tierra, de las que puede imaginar tu sabiduría» podríamos decir a Don Miguel de Unamuno parafraseando al personaje shakesperiano, y una de tantas e imposibles es la penetración del más allá por la sola visión del intelecto, como tampoco es sólo posible por el amor, si éste no va acompañado de la Gracia. Hácese en ello cierta la frase bíblica «De los cielos padecen fuerza». La visión inefable, de lo que es desconocido para el común, es producto de la sencillez y de la sumisión compendiada en el «Hágase todo, Señor, como tú lo quieres y no como yo lo deseo», lo que dicho por algunos privilegiados seres les fué concedido como anticipo poder conocer.

El «creo en la resurrección de los muertos» del Credo católico también le creía a su forma Don Miguel, puesto que era fundamento previo para asegurar su inmortalidad, hasta tal punto, que califica de imperecederas las palabras del Apóstol San Pablo cuando dice en su Epístola I a los «Corintios» y en su capítulo XV: «Porque si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo resucitó, y, si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vuestra fe es vana».

La adecuación con el Apóstol podría haber sido completa si comenzara por despersonalizarse y hubiera aceptado que, aún resucitando, se perderá lo que ahora se tiene, el cuerpo actual, para mudarle en otro distinto, glorioso, en el que su misma inefabilidad ha de hacer innecesaria la nominación de Miguel. Juan o Pedro y que los actuales atributos y dones serán títulos innecesarios e inútiles. El resucitar será sin complicaciones ni personalismos del más acá y esto ya le parecía a Don Miguel una renuncia de su «Yo» integral. Ante la posibilidad de perderle, le hace decir como última instancia en que basar su defensa: «¿Pero existe el más allá?», «¿no existe?, y, si existe, ¿cómo es?»; porque aún venciendo por un poderoso esfuerzo de la Fe a la razón que nos dice y enseña que el alma no es sino una función del cuerpo organizado, queda luego imaginarnos que sea una vida inmortal y eterna del alma... para seguir diciendo «puesto que podemos imaginárnosla como un eterno rejuvenecimiento, como un eterno acrecentarnos e ir hacia Dios, hacia la conciencia universal, podemos imaginárnosla... pero ¿quién pone trabas a la imaginación una vez que ha roto la cadena de lo racional?»

Cansado de tanto inquirir y buscar tiene, en un esplendoroso arranque de sinceridad, la valentía de exponer: «mi anhelo de vivir y vivir por siempre es el que inspira esas doctrinas» (se refiere a todas las que expone en su fundamental libro que titula «*El Sentimiento Trágico de la Vida*»), para, inmediatamente, en una subversión íntima muy característica de Don Miguel, y en un arranque para sostener la línea de conducta de la defensa de su «Yo», manifestar: «y si con ellas logro conservar y sostener en otro ese mismo anhelo, acaso

desfalleciente, habré hecho obra humana, por que, en una palabra «que, con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana morir-me», dice sin ambages. ¡Pobre Don Miguel!, que no quería morir y en ello ponía toda su voluntad como si ésta sólo fuera bastante para evitar lo que se hace irremediable a no ser que con la misma concurren otros medios que él desdenó.

«¡Dime tu nombre!», dice Unamuno dirigiéndose al Dios desconocido, que es tanto como decir, ¡dame pruebas!, que tan así lo han pedido todos los que se han encontrado en estado de vacilación. Se lee en los Textos Sagrados la frase dirigida a Dios «Muestra la Faz a tus siervos y seremos salvos», pero es de tener en cuenta que, al hacer la petición, se reconoce el estado de servidumbre, más este estado de resignación no era el propio de Don Miguel, que pedía motivos de creencia señales, exigiéndolos sin pensar que ellas están reservadas, y contadas veces, para aquellos a los que el Señor destina, como a Santo Tomás Apóstol, el cual fué escogido para, por su medio, fortificar a los que no pudiéramos verle con corporales ojos y afirmarnos en la creencia de la existencia del más allá. Santo Tomás fué algo así como el notario, que en funciones de excepción, nos había de dar fe de la certeza de la resurrección de Cristo. Pero esto se repite, fué hecho por vía de excepción y por vía de fervor, en el que los más privilegiados somos los que sin ver creemos, según lo dicho a Tomás por el Señor cuando manifestó «Bienaventurados son los que ven y creen, pero mucho más los que sin ver creen».

Grandes son las congojas del hombre Unamuno que quiere saber lo que es y hay en el más allá, y cuál la manera y la forma de estar en ultratumba, pues, si su deseo era vivir en el más allá vestido «con la misma carne y piel que le cubría», la incertidumbre de cómo pudiera acontecer y, es más, de si podría existir, imprime a su carácter una marca indeleble de tragedia que le hacen vivir en íntimo desasosiego e inevitable desconsuelo.

EPILOGO A FORMA DE CRITICA

El Ser y la continuación del Ser, del suyo, es la preocupación vital, que se recoge a través de toda la obra de Unamuno, y para ello, Don Miguel se plantea en primer lugar el problema del origen y forma de manifestarse la vida del hombre en la tierra pasando, sin dilucidar la cuestión, a hacer un estudio del hombre concreto, y del por qué, y el para qué, de su existencia, desembocando finalmente en el trágico estudio de «si perdurará ese existir y cómo será la perduración en el más allá».

Para adentrarse en estudios metafísicos y ontológicos no le faltaron a Don Miguel ni ciencia, ni conocimientos de cómo dirigirlos, es más, los tuvo suficientes, y la abrumadora cantidad de doctrinas conocidas le llevaron, en un proceso de intenso conocimiento, a ver en cada tesis algún error. En las mismas formas del decir encontraba también Unamuno la disonancia en lo que se decía, y cuando toda la arquitectura levantada por los filósofos aparecía majestuosa

e imponente, veía en ellas, o la fragilidad de los cimientos, o la excesiva porosidad de las amalgamas que habían de dar al edificio unión y consistencia. En cada filósofo veía, primero al lógico, al razonador, y, contra la lógica y el razonar era contra lo que Unamuno primeramente se dirigía, y, una vez hecho esto, en un minucioso análisis de lo dicho, solía encontrar una falta de ecuación entre lo que decía y el sentimiento, es decir, la aspiración vital del dicente, y así, por ejemplo, nos dice de Spinoza: «El, el pobre judío definidor del amor intelectual y de la felicidad ¿fué feliz? porque éste, y no otro, es el problema» o de Descartes: «La duda metódica de Descartes es una duda cómica, una duda puramente teórica, es decir, la duda de uno que hace como que duda sin dudar; Descartes... no se propuso sino reformar sus pensamientos y edificar sobre un cimiento suyo propio y se formó una moral provisional; y así, en forma parecida habla de Kant, de Hume... Pudo Don Miguel haber entrado en la mansión de la Luz, en el Cristianismo pues según nos manifiesta, él fué el descubridor de la inmortalidad, descubrimiento que tuvo su preparación en los procesos religiosos judaicos y helénicos, llevándola a cabo sobre todo Pablo de Tarso, dando sus frutos más tarde con la Escolástica, a la que él llama «Catedral de adobes con basamento aristotélico, neoplatónico, tomístico, que al querer racionalizar al ansia de inmortalidad con la Teología Dogmática no satisface a la razón». A Unamuno le faltó, para asentir con los problemas sugeridos por los filósofos y los teólogos, la fé de los sencillos, la del carbonero, esa fe, que él manifiesta explícitamente, no le fué dado encontrar.

Todo humano decir, necesita de medios adecuados para su comprensión, y las más alta verdad debe necesariamente estar expuesta en términos humanos, es decir, con una lógica y una dialéctica perfectamente comprensible estando necesitada la exposición de buscar la concurrencia de los antecedentes para hacerlos servir al propósito de la verdad que se quiere exponer, pero como para Don Miguel toda autoridad manifestada carece, o de perfección lógica o de estricta sinceridad, sentía la necesidad de impugnar los antecedentes y así, de negación en negación, se vió en la coyuntura de erigirse en su propia autoridad, y de aquí, que por esto, y por el precedente de subversión que sentó en el siglo XVI el Padre del Protestantismo, se nos haga necesaria establecer una comparación y un cierto paralelismo (ya que no puede hablarse de identidad) entre Miguel de Unamuno y Martín Lutero. Para ello, y por no interesar al propósito, hemos de prescindir de las causas biofisiopatológicas que, como motivo, se dice concurren en Lutero hasta llegar a su dissentimiento con Roma, pues interesa tan sólo la forma de manifestar su dissentir: Comienza Lutero por mostrar su disconformidad con un procedimiento, llamemos, adjetivo: la predicación de una bula y la forma de hacer la predicación por Tezel continuando el ataque hasta criticar la sustancia de lo que predicaba, es decir, el por qué de la existencia de las bulas, y acabar construyendo unas teorías con que refutar lo sustantivo y lo adjetivo — las bulas y la

predicación de ellas — mediante una exposición de teorías que nombró tesis y que, ampliadas después, se convirtieron en doctrinas que era necesario acatar, las cuales dió a luz con un criterio dogmático y que fueron la base de lo que hoy se llama teología protestante.

El dissentimiento a que llegó Lutero con Roma fué absoluto y lo hizo por fases, puesto que no lo podía efectuar en forma radical, ya que muchos lazos — de razón y sentimientos — le ligaban a aquello que pretendía impugnar, y para comenzar a realizarlo tuvo necesariamente que combatir la razón de aquellos con los que quería discutir, anatematizando y lanzando dicitrios contra filósofos y teólogos, contra la Universidad de la Sorbona o la de Pavía, para llamar, cuando se veía abatido, ramera a la misma razón. Al querer construir Lutero un sistema de doctrina razonada, son muchos los momentos de duda, de inseguridad, de angustia, de desconfianza de sí mismo, pero este Martín Lutero, en un proceso de sorprendente vitalidad, acude, como a fuente del propio sustento a su propio corazón, sacando razones de sus propios sentimientos y acabando por decretarse a sí mismo como cierto lo que antes su cabeza no podía afirmar.

El proceso de Don Miguel de Unamuno es distinto, una tradición cultural más extensa, más libre, es su fuente informadora y otro también es el problema de su propio estado y de su condición; al medio hay siglos y, en ellos, han nacido Spinoza, Descartes, Kant y Kierkegaard, siendo su postura la de un intelectual insatisfecho y la de un filoteo que no llega a entrar en la Mansión de la Luz. El problema de Lutero fué en primer término un problema de iglesias, el problema de Unamuno es, ante todo, un problema de Dios, problema que hubiera podido tener solución dentro de un cuerpo de doctrina, por su conformidad con ella, cosa que no llegó a acontecer y aquí surge precisamente lo paralelo de Don Miguel con Lutero, que por no adaptarse se vió necesitado de impugnar los razonamientos ajenos e impugnar a los que razonaban. Toda autoridad, tanto en Martín como en Miguel, fué negada o en todo o en sus partes, y con palabras menos agrías en Unamuno que en Lutero se muestra la disconformidad para al final erigirse ambos en autoridades de sí mismo. Este es el único paralelismo de Don Miguel con Martín Lutero, por que en todo lo demás, bien distintos fueron los resultados personales y sobre los extraños conseguidos. Martín murió con aparente seguridad — de la certeza Dios sabrá — Unamuno, el más quijotesco de cuantos pensadores han sido, fué más desafortunado, y mucho más desgraciado aún que su prototipo en muchas cosas, Don Quijote de la Mancha, pues mientras éste, alucinado por su propia idea, concretó su ideal, describiendo a Dulcinea sin haberla visto, Don Miguel estuvo buscando concretar a Dios y darse una definición. Definir a Dios, nos dice, ¡ he aquí, nuestro anhelo! y al no conseguirlo como sustitutivo de lo mismo, para satisfacerse, da una definición de la Verdad en la que relativizándola manifiesta: «Verdad es lo que calma», más al cabo, fué sincero y no recató exponer sus congojas, sus angustias, su sentimiento trágico de

esta vida y de la otra, precisamente por no poder aprehender y concretar la idea de lo que fuera Dios. Su constante desasosiego fué la mejor muestra de la insuficiencia de la definición, que de lo que es la Verdad nos dió.

Ciertamente que ni una, ni dos, ni la suma de muchas vidas son suficientes para arrojar luz en materia tan insondable como es la tratada por Unamuno sin la aceptación del Dogma, es decir: Que sin la fe que en esa aceptación va entrañada, es vano todo inquirir para llegar a una solución cabal. La tragedia de Don Miguel fué además disconformidad entre sus sentimientos y su razón, el corazón queriendo y la cabeza no alcanzando: o la cabeza dando soluciones ante las que el corazón se rebelaba. Hubieran podido aplicársele a Unamuno las palabras del Apóstol San Pablo: «Porque habiendo conocido a Dios no le glorificaron como a Dios, ni dieron gracias; antes se desvanecieron en sus discursos y el necio corazón de ellos fué entenebrecido», si no fuera por que le sobró en rectitud y sinceridad lo que le faltó en simplicidad para poder disfrutar de la fe de los sencillos, la fe del carbonero, de la que tan repetidamente habla, y que necesariamente se traduce llegó a desear.

Las cuestiones tantas veces debatidas de Razón y Fe, Filosofía y Teología, fueron problemas constantes en Don Miguel de Unamuno y sobre los cuales, un hombre, Agustín de Hipona (San Agustín), operó en forma magistral. San Agustín había pasado por tristes experiencias a través de la historia de su vida en las que antes de llegar a ser cristiano, ya en la madurez, había sido maniqueo, académico, neoplatónico y compartido algunas opiniones de los astrológicos, pero una vez, hallada la Luz, por su aceptación de la verdadera Doctrina, y duramente aleccionado por sus anteriores contradicciones nos dice con criterio de seguridad que la Razón y Fe son concordes, puesto que la Fe «descansa en un acto de Razón», y realizada esta fundamentación racional desde cuyo punto de vista la Fe no es antirrational—suministra un nuevo modo de ver a la razón—atendiendo a su contenido (De Trinitate. L. XIV.—C. 8 de Genesid Litt. L. 12 C. 24). Es verdad—seguimos hablando conforme a la doctrina Agustiniiana que tenemos una razón para discernir, pero la naturaleza, está sumida en pobreza traída por la primera culpa y se halla por ello la razón una fundamental impotencia para desentrañar, por sí misma, lo que hoy llamamos el misterio de nuestra angustia existencial.

Leed, dice San Agustín, las páginas de la Historia y hallaréis como en Filosofía, más que en cualquier otra disciplina del espíritu, aparecen las más grandes disensiones frente a los mismos problemas (De Civitate Dei, L. XVII. C. 41) y es por ello, que frente a este disentir de los razonadores, se necesite por encima del razonar filosófico un criterio de valorización que salve tanto escolio y fije un plano de orientación compatible con la grave seriedad de los problemas vitales, siendo este criterio de valoración la fe, puesto que ella «no es más que pensar con asentimiento» (De Praedestinatione Sanctorum. II, 5). La fe religiosa—la que liga a Dios—hay que bus-

carla por medios naturales, pero con la creencia inicial de la bondad y firmeza de los que Dios nos dota para ese fin, y estos medios son: la Biblia, la Tradición y la Magistratura de la Iglesia. Una vez esto aceptado, es fácil la proliferación de la rosa de la Fe.

¿Es previo el entender para creer? ¿O es necesario creer antes para entender después?, problemas son éstos que Unamuno tuvo constantemente planteados y los cuales San Agustín resuelve admirablemente trayendo a colación al Apóstol San Pablo, cuando éste dice: «Yo planté, Apolo regó, y el Señor dió el incremento». Nosotros, dice glosando San Agustín, podemos plantar y regar hablando, hablamos para persuadir, es decir, nosotros razonamos para persuadir a la razón, pero no podemos dar el incremento, puesto que no basta para ello el sólo razonar, y trae para autorizarlo aquel pasaje evangélico del hombre que, acercándose a Cristo, le pidió que sanara a su hijo enfermo, diciéndole el Señor: «Si puedes creer... todo te es posible», a lo que contestó el padre, ¡«Creo, Señor, ayuda mi incredulidad!» En esta exclamación reconoció aquel hombre su pobreza de fe, pero necesitando aumentarla para poder salvar a su hijo, lo primero que hizo, fué confesar su poquedad, pidiendo de paso ayuda y fuerzas para salir de su pobreza; actos de deseo y de Sumisión que hicieron mover la voluntad de Dios y conseguir la gracia. Con la sencillez obtuvo el encuentro de la Paz. (Extracto del Sermón 43.—San Agustín).

«No podéis entender si no creéis, nos dice San Agustín, y para creer es previo un acto reverencial y de sumisión por el que se reconoce la propia pobreza, acto que Unamuno no llegó a efectuar y por lo que no pudo conseguir su tranquilidad, puesto que a Dios, quien con sencillez le encuentra, no negando su gracia al que de esta manera se la demanda.

Por otra parte, y en un distinto orden de cosas, en Unamuno no hubo, como algunos sostienen, asomos de locura (ni aún de la aparente de la que Don Miguel nos habla de su Doctor Montarco) ni faltó un orden interior a todo su pensar. Sus paradojismos, sus contradicciones, obedecían al anhelo constante de encontrar lo más cierto, lo más veraz, aunque fuera negándose a sí mismo o negando a los demás pues para Don Miguel, eminentemente cerebral el órgano del pensar tenía constante necesidad de ser puesto en movimiento y no asentir por que sí o por pereza mental con cualquier doctrina, y, de aquí, su constante razonar y su aparente disrazonar.

En lo humano, en lo puramente humano, no erró tan así como así Don Miguel, y no es por aquí por donde con más facilidad se le puede impugnar y motejar, siéndolo en contrario por donde es más digno de estudio, y decir cabe, cristianamente, de compasión, y es por aquello en que trató sobre lo divino, en lo que anduvo tan aturrido y tuvo tantas preocupaciones e insatisfacción que imprimieron a su vida un sentimiento trágico y que a mí me hace decir, parafraseando al Kempis, «¿De qué sirve a un hombre la ciencia toda si no encuentra la Paz?».